

QUIÉN SE LO IBA A IMAGINAR



Aquella mañana de sábado, mamá ya estaba preparada cuando me levanté. Desde que mi padre se había ido y nos había dejado solos siempre intentaba hacer planes los fines de semana para que nosotros sintiéramos solos ni aburridos. Cuando desayunábamos dijo:

- Antón, espabila que ¡Nos vamos de excursión!

No lo pensé dos veces cogí la tarta y de camino a mi habitación fui mordisqueando unas galletitas y dando saltos al cielo. En dos minutos ya estaba listo.

- ¿Dónde vamos, mamá?

- Sssshhh, ya lo verán... no tardaremos en llegar.

Así me pasó los veinte minutos que estuvimos en el coche, pregunté por lo menos cinco veces... ¿Dónde vamos, dónde vamos... cuánto queda, cuánto falta???. Pero la respuesta siempre, siempre, era la misma.

Al entrar en Ribadella, me di cuenta enseguida, de que íbamos a las cuevas de Tío Bustillo, pero me hice el loco para no desanimar a mi madre y poder mantener un poco la sorpresa que quería darme.

- ¿Te gusta? Dijo mi madre con los ojos abiertos como platos frente al museo.

- ¡Claro que sí! ¡Muchas gracias! Le dije. Hacía algún tiempo ya que me lloraba por las noches y que estaba algo más animada, desde

visita en un edificio que malaba megellón. ¡Era una pasada! No tenía tiempo de verlo todo cuando mi madre ya tiraba para otro expositor o me señalaba otra cosa con el dedo. En una de esas, perdí a mi madre de vista, un segundo tras el cual escuché como me llamaban detrás de una de las grietas de la pared, pensé que era ella pero cuando me acerqué casi me muero del susto. Una luz muy brillante llamó mi atención y, una sombra se acercó a mi lado y me dijo...

- ¡Salta, salta conmigo!

La verdad que no lo dudé, y allá que fui. Creo que al saltar cerré los ojos porque al abrirlos vi que la sombra era la de una mujer parecida a mi madre, pero con el pelo más despeinado y la cara más colorada. También llevaba puestas muchas pieles que parecían de oro.

- ¡Hola! Soy Nerona, gracias por venir conmigo.

- Hola, yo soy Antón. ¡Qué frío!

- No te preocupes, en un rato se te pasará. Te voy a enseñar mi casa (Me dijo, tapándome con una de las pieles de oro que había en un lado de la cueva)

Me llevo por los distintos recorres que tenía la cueva. No me la podía creer, había unas pinturas y estaban recién hechas...

- Esta se parece a ti... ¿Eres tú?

- No, es mi hijo.

- ¿Y ese oro de ahí?

Se puso a llorar, las manos le temblaban y se frotaba mucho los
ojos.

-¿Qué pasa?

-Ese era... ese era... es... es... el que lo mató. (Se abrazaron)

-¿Me ayudas a acabar las pinturas? Quiero dibujar un gran
caballo. A él le encantaban. ¡Ven! te enseñaré cómo hacerlo.

Cogió materiales, huesos, pinturas y empezó a raspar por aquellos
tubos, al mudar colores a la luz de las lámparas de tuétano.
Poco a poco se fue distinguiendo la figura del caballo.

-¡Es una pasada! Estoy seguro de que estos dibujos van a
ser muy importantes en el mundo y que el recuerdo de tu
hijo, como el de mi padre, siempre estarán en nuestros
corazones.

-¡Gracias!

Cuando iban a seguir dibujando me di cuenta de que
tenía hambre. Es la hora de volver a casa. Nerona y
Antón se abrazaron muy fuerte. La caverna se quedó a
oscuras y sonó una especie de danza. Los dos empezaron a
bailar. Reían y bailaban con las lámparas de tuétano
entre sus manos. Parecían muchos más. Al acabar la
música, Antón estaba solo, vestido como siempre.

-Antón, Antón... Pero un rato buscándose ¿Dónde te

El niño le da un gramalbrato.

- Esta visita no se me olvidará nunca. ¿Puedo comprar el dibujo del caballo de la cuero?

- Sabes, Sabes... que los caballos le encamaban a papá.

- Por eso, quiero tenerlo en casa.

- Vale, hijo

Los dos se fueron en el coche, animados con lo bien que lo habían pasado. Aún no se enteró de que se había quedado dormido, pero bueno, quién se lo iba a imaginar.